

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA
COLECCION DE FOLKLORE

CORDOBA

73

CHARRAS

Maestro **MARÍA ELENA GALLEGOS MACHADO** Escuela **Nº 131**

Fojas **6**

OBSERVACIONES

Córdoba

131

1

Localidad — Charras.

Escuela — n.º 131

hombre del Director que la remite.

María Elena Gallegos Machado.

hombre de la persona que lo narró.

Sra. R. Vivanco de Herrera.

Cuenta la leyenda escuchada hace unos ocho o diez años, de mi estimada profesora de literatura una historia emocionante y sencilla desarrollada en los lugares mas pintorescos de las sierras de Córdoba muy cerca de la ciudad, allí en los años cuando aún los jesuitas tenían todo su dominio en la docta ciudad.

Una enamorada pareja había construido su humilde y rústica vivienda compuesta de algunos palos de algarrobo unos cueros y paja en lo alto de una sierra.

Almas unidas por el amor, gozaban de una paz envidiable que proporcionaba felicidad, para ellos la vida era un placer aumentada por un niño de ocho meses, la naturaleza pródiga, les proporcionaba fácil sustento y brindaba por doquier cuadros espléndidos, un cielo azul, una puesta de sol, dignas obras admiradas por aquellos espíritus primitivos tan sedientos de goce, tan llenos de amor. La vida rústica llevada a cabo por seres casi ignorados permitía por ocupación al esposo,

único medio de sustento, la caza de los
ros que luego vendía en la ciudad.
Muy cerca de su choza había un des-
peñadero elegido con preferencia por los
loros para depositar sus nidos.

A este lugar bajaba con frecuencia el mo-
rador de la choza con ayuda de una cuerda
sujeta a un pequeño poste y corría
mientras descendía, bajo la vigilan-
cia de la esposa.

Ejecutaba una tarde este difícil des-
censo ayudado como de costumbre
por su esposa quien manejaba
nerviosa la cuerda por temor
que fuera a ceder en sus débi-
les manos, cuando nota casi con
desesperación, a orillas del abis-
mo gateaba su hijo próximo a
caer, mira el poste para sostener
la cuerda y ve que éste se ha
desprendido, soltar la cuerda es es-
trellar al esposo en el despeñadero,
sostener la cuerda es privar de la
vida al hijo.....

Localidad — Charras.

Escuela — n.º 131.

nombre del Director que la remite. En vía Elena Gallegos machado.

nombre de la persona que lo narró.

Sra. P. Nivanco de Herrera.

Cuenta la leyenda escuchada hace unos ocho o diez años, de mi estimada profesora de literatura una historia emocionante y sencilla desarrollada en los lugares más pintoresco de las sierras de Córdoba muy cerca de la ciudad, allí en los años cuando aún los jesuitas tenían todo su dominio en la docta ciudad.

Una emparejada pareja había construido su humilde y rústica vivienda compuesta de algunos palos de algarrobo unidos cuero y paja en lo alto de una sierra.

Almas unidas por el amor, gozaban de una paz envidiable que proporcionaba la felicidad, para ellos la vida era un placer, aumentado por un niño de ocho meses, la naturaleza pródiga, les proporcionaba fácil sustento y brindaba por doquier cuadros espléndidos, un cielo azul una fuente de sol, digna obra admirada por aquellos espíritus primitivos tan sedientos de goce, tan llenos de amor. La vida rústica llevada a cabo por seres casi ignorados permitía por ocupación al esposo, único medio de sustento, la caza de los que lue-

se vendía en la ciudad.

Muy cerca de su choza había un despenadero elegido con preferencia por los loros para depositar sus nidos.

A este lugar bajaba con frecuencia el morador de la choza con ayuda de una cuerda sujeta a un pequeño poste y corría mientras descendía bajo la vigilancia de la esposa.

Ejecutaba una tarde este difícil descenso ayudado como de costumbre por su esposa quien manejaba nerviosa la cuerda por temor que fuera a ceder en sus débiles manos, cuando nota casi con desesperación, a orillas del abismo gateaba su hijo próximo a caer, mira el poste para sostener la cuerda y ve que este se ha desprendido, soltar la cuerda es estrellar al esposo en el despenadero, sostener la cuerda es privar de la vida al hijo.....

Localidad — Charras. —

Escuela — Nacional n.º 131. —

Nombre del Director o maestro que lo remite. —

María Elena Gallegos Machado

Nombre de la persona que lo narra. — Solo lo recuerdo por su sobrenombre. "mamita mia"

Edad de esta persona — 85 a 90 años.

Este sencillo y fantástico cuento lo he oído en 1912 en uno de mis viajes de vacaciones en las sierras de Córdoba por la madre de uno de los guías que teníamos en nuestras excursiones, nombre que ignora y que solo podré dar el nombre idrónico con que la conocíamos los veraneantes y todas las personas de su familia "mamita mia". "mamita mia" era una de esas serranas que han pasado más de los ochenta y cinco años y aún se sienten con entusiasmo de vivir y predispuestas al trabajo.

Al pie del Cerro de Rio Ceballos tenía sus ranchos que alquilaba a los veraneantes y que creo los conservarán aún, sus descendientes. En lo alto del cerro había dos molles colosales con sus grandes troncos carcomidos donde solíamos ir a pasar algunas siestas o en las tardes tranquilas del estío para gozar de su fresca sombra. Estos molles tenían su historia y muchos aún los miraban con respeto o temor.

Contaba la anciana con esa calma habitual del serrano: que su abuelo, bravo gaucho que había luchado muchas veces contra los indios a pesar de tener su sangre, era un buen padre de familia

y fiel esposo, solo una vez su compañera con razón dudó de él y se apoderó de su alma la terrible pasión de los celos.

Al otro lado del cerro existía en aquel entonces un rancho donde vivía una hija de las sierras muy hermosa y a quien se ignoraba de quienes descendía. El esposo fiel volvióse despreocupado y el padre bueno, poco carinoso y talvez se notara en él fastidio por sus hijos. Su fiel compañera sentíase molesta por este desdén, creyó ella al principio que su compañero estuviese enfermo y trató de vigilarlo, cada día estaba mas huano, su rostro mas triste y siempre predispuesto a la ira con sus hijos.

Todas las mañanas partía sin decir palabra, atravesaba el cerro y se iba a la casa de su amante situada en el otro extremo, allí para él las horas eran cortas y llenas de dicha, la única nube que de vez en cuando turbaba su dicha era el recuerdo de la esposa y los hijos. Oh la esposa y los hijos que le impedirán pasara siempre, siempre unido a su único amor, a su única felicidad: este recuerdo lo tenía casi siempre al caer la tarde, cuando la hora comunica a nuestro espíritu un miticismo que nos hace soñar. Su alma llena de remordimientos, lo impulsaba a volver al hogar donde el deber lo esperaba. Volvía por la misma senda, triste y aun temeroso y sentábase a descansar de sus fatigas en lo alto del cerro, allí bajo

los molles.

Sus visitas diarias, hacíanse sin interrupción hasta que empezó a apoderarse de él un miedo a Dios. Llegó a considerar su amor como un pecado y un día al volver de su visita diaria mas temprano que de costumbre, pretendió descansar a la sombra de los molles, cuando vió que uno de ellos se convirtió en una dama bellísima vestida de blanco que le indicaba con gesto severo el camino de su hogar y sin pronunciar palabra en una nube de humo desapareció la visión, notándose muy vamente la presencia del muelle. Apoderóse del amante tal miedo, y tanto remordimiento que vió aquello como obra de Dios y llegó a creer en la aparición ver a la Virgen.

Cuando llegó a su casa notó la desdénada esposa mucha tristeza en aquel rostro; pero había mayor dulzura en su mirada, abrazó a los hijos y pidió perdón a la esposa despues de contar lo sucedido y lloró su culpa amargamente y no volvió mas por el mismo sendero, ni aún sintió deseos de volver a ver a aquella mujer que llegó a creer la imagen viva del diablo, que buscaba su condenación.

Desde entonces esos molles se miran con respeto o temor y este cuento se transmite de padres a hijos.

Localidad — Charras. —

Escuela Nacional n.º 131. —

hombre del Director o maestro que lo remite. —

Maria Elena Gallegos Machado.

hombre de la persona que lo marró. — Solo la recuerdo por su sobrenombre. — "mamita mía". —

Edad de esta persona. — 85 a 90 años. —

Este sencillo y fantástico cuento lo he oído en 1910 en uno de mis viajes de vacaciones en las sierras de Córdoba por la madre de uno de los guías que teníamos en nuestras excursiones, nombre que ignora y solo podré dar el nombre cariñoso con que la conocíamos los veraneantes y todas las personas de su familia "mamita mía". "mamita mía" era una de esas serranas que han pasado más de los ochenta y cinco años y aún se sienten con entusiasmo de vivir y predispuestas al trabajo.

Al pie del Cerro de Rio Ceballos tenía sus ranchos que alquilaba a los veraneantes y que creo los conservarán aún, sus descendientes. —

En lo alto del cerro había dos molles locales con sus grandes troncos carcomidos donde solíamos ir a pasar algunas siestas o en las tardes tranquilas del estío para gozar de su fresca sombra. Estos molles tenían su historia y muchos aún los miraban con respeto o temor.

Contaba la anciana con esa calma habitual del serrano: que su abuelo, bravo gaucho que había luchado muchas veces contra los indios a pesar de tener su sangre, era un ballefr

dre de familia y fiel esposo; solo una vez su compañera con razón dudó de él y se apoderó de su alma la terrible pasión de los celos.

Al otro lado del cerro existía en aquel entonces un rancho donde vivía una hija de las sierras muy hermosa y a quien se ignoraba de quienes descendían.

El esposo fiel volvióse despreocupado y el padre bueno, poco cariñoso y tal vez se notara en él fastidio por sus hijos.

Su fiel compañera sentíase molesta por este desdén, creyó ella al principio que su compañero estuviese enfermo y trató de vigilarlo, cada día estaba más urano, su rostro más triste y siempre predispuesto a la ira con sus hijos.

Todas las mañanas partía sin decir palabra, atravesaba el cerro y se iba a la casa de su amante situada en el otro extremo del cerro, allí para él las horas eran cortas y llenas de dicha, la única nube que de vez en cuando turbaba su dicha era el recuerdo de la esposa y los hijos.

Oh la esposa y los hijos que le impedían pasara siempre, siempre unido a su único amor, a su única felicidad: este recuerdo lo tenía casi siempre al caer la tarde, cuando la hora comunicaba a nuestro espíritu una mistificación que nos hace soñar. Su alma llena de remordimientos, lo impulsaba a volver al hogar donde el deber lo esperaba. Volvía por la misma senda, triste y aún temeroso y sentíbase a descansar de sus fatigas en lo alto del ce

no, allí bajo los molles.
Sus visitas diarias, hacíanse sin interrupción hasta que empezó a apoderarse de él un miedo a Dios. Llegó a considerar su amor como un pecado y un día al volver de su visita diaria mas temprano que de costumbre, pretendió descansar a la sombra de los molles, cuando vio que uno de ellos se convirtió en una dama bellísima vestida de blanco que le indicaba con gesto severo el camino de su hogar y sin pronunciar palabra en una nube de humo desapareció la visión notándose nuevamente la presencia del molle. Apoderóse del amante tal miedo y tanto remordimiento que vio aquello como obra de Dios y llegó a creer en la aparición ver a la Virgen.

Cuando llegó a su casa notó la desdénada esposa mucha tristeza en aquel rostro; pero había mayor dulzura en su mirada, abrazó a los hijos y pidió perdón a la esposa despues de contar lo sucedido y lloró su culpa amargamente y no volvió mas por el mismo sendero, ni aún sintió deseos de volver a ver a aquella mujer que llegó a creer la imagen viva del diablo, que buscaba su condenación. Desde entonces esos molles se miran con respeto o temor y este cuento se transmite de padres a hijos.